
ESCRITORES Y PODER

la política frente al espejo de tinta

Xavier Rodríguez Ledesma

Resumen

En México, dada la construcción histórica de un sistema político no democrático, algunos escritores han considerado que su función social rebasa el ámbito estético y creativo y, sumándose a una añeja tradición sobre el sentido y compromiso de los intelectuales, se han autoerigido en los portavoces de una sociedad cuyos canales de expresión habrían sido eliminados por el poder. De cara a un incipiente proceso de democratización, con las nuevas responsabilidades que la sociedad civil deberá asumir: ¿cuál será el futuro de esos intelectuales / escritores? El artículo aborda estas vicisitudes y retos que el nuevo siglo presenta a la sociedad mexicana.

Palabras clave: Escritores e intelectuales, Política mexicana, Democracia

Abstract

Writers & Power. Politics in front of Ink's Mirror

Given the historical construction of non-democratic a political system in Mexico, some writers have considered their function to exceed the aesthetic and creative scope and add themselves to intellectual's aged old tradition of commitment as spokesmen of a society whose channels of expression would have been eliminated by the power. Facing now an insipid democracy process with new responsibilities that society must assume: which will be the future of these intellectuals/writers? The article approaches these vicissitudes and challenges that the new century has for Mexican society and its writers.

Keywords: Writers & Intellectuals, Mexican Politics, Democracy

Xavier Rodríguez Ledesma. Mexicano. Licenciado y Maestro en sociología. Doctor en ciencia política. Profesor Investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Áreas de interés: educación, cultura e historia cultural contemporánea. Ha publicado, entre otros libros: *Escritores y poder en México. La dualidad republicana, 1968-1994*, UPN / Fonca-CONACULTA, México, 2001; y *El poder frente a las letras. Vicisitudes republicanas, 1994-2001*, UPN, México, 2003; xrodrig@upn.mx

ESCRITORES Y PODER

la política frente al espejo de tinta

Xavier Rodríguez Ledesma

*Todos tenemos deberes sociales, pero además de ellos, el escritor tiene otra obligación:
decir la verdad –por lo menos su verdad–, aunque resulte escandalosa o desagradable.
Habría que reclamar para nosotros el derecho de ser desagradables.*

Octavio Paz¹

En cierta ocasión Robert Musil señaló: “Es más importante escribir un libro que gobernar un imperio... Y más difícil también”.² Más allá de la sorpresa que una afirmación así genera dando pie a reflexiones sobre la petulancia, la soberbia o la egolatría de un autor, lo dicho por el austriaco ejemplifica con toda claridad la manera en que la República de las Letras se mira en el espejo de la otra república, la del poder. En el mundo de las letras, en la soberanía que requiere como condición para ser parte de su ciudadanía poseer el dominio sobre el lenguaje, se ve con particular menosprecio a la gente del poder, especialmente a los gobernantes. El haber accedido a la Razón, al conocimiento, a la posibilidad de crear y recrear mundos a través de la palabra hace que los escritores, ese subconjunto particular del universo de los intelectuales, se consideren el grupo identitario capaz de avanzar de manera más certera sobre las respuestas a las preguntas que la sociedad cotidianamente genera en su accionar político y también, por supuesto, como los delineadores del futuro hacia el que debiéramos enfilarnos. Parafraseando la definición clásica definidora del Estado, podríamos afirmar que esos hombres de letras, los ciudadanos de la República literaria, se consideran como los detentadores del uso legítimo del lenguaje.

El ingreso a ese coto reservado y específico de poder se da después de un proceso largo, difícil, solitario, mal remunerado. El pasaporte literario, una vez obtenido, difícilmente se pierde; no importa que los períodos de

1. En: Elena Poniatowska (1998). *Las palabras del árbol*, México, Plaza y Janés, p. 57.

2. Citado en Bartolomé Manuel y Vidal María, eds.; (2000) *Escritos y dichos sobre el libro*, Edhasa, España, p. 95.

sequía creativa tomen lustros, décadas o incluso nunca más se vuelva a entregar a la imprenta algún párrafo.³ La ciudadanía literaria tampoco se abandona por causas atribuidas a desniveles cualitativos en la obra de un autor. A lo más, las críticas descarnadas o el silencio apabullante serán las respuestas de sus pares ciudadanos, aunque no siempre esto sucede pues ahí están los autores y críticos que eternamente expresan opiniones positivas acerca de las obras que ciertos colegas entregan al público, sobre todo si el creador en cuestión es integrante de su grupo, en el que comparten apreciaciones políticas, estéticas, filosóficas o de poder en ese ámbito que es la vida cultural.

Del otro lado del espejo están los detentadores del poder político. Para los ciudadanos de la República de las Letras el rasgo distintivo de esos políticos profesionales es que en ellos encarna ese ente (el poder) cuya definición radica en su ejercicio. ¿Sentencia de Perogrullo? No necesariamente. Desde la República de las Letras se asume, se da por hecho, el funcionamiento de un sistema político en el que un sector específico (que tiene sus propias reglas de funcionamiento, cuyos integrantes se forman y se manejan de cierta manera a su interior) ha monopolizado el ejercicio del poder, en el cual hasta hace muy poco la sociedad civil ha empezado a influir y a hacerse de espacios que le habían sido arrebatados y negados históricamente. Así se delineó la historia contemporánea de nuestro país; los ciudadanos literarios se percataron de ello y actuaron en consecuencia construyendo puentes con los individuos e instituciones pertenecientes a esa otra soberanía, a ese otro poder.

Se les reconoce que han acaparado el poder, se es consciente sobre la necesidad de establecer relaciones con ellos, pero nada más. Y esta delimitación se refiere a que no se les aquilata ninguna otra cualidad que vaya más allá de esas fronteras, al contrario. La indiferencia, el menosprecio, la descalificación de cualquier atributo intelectual es el pan de cada día de los comentarios surgidos en la República de las Letras cuando se presentan conflictos con los personajes de la otra soberanía. Los cotos están delineados a la perfección: de un lado los políticos que se deben al poder; del otro, los intelectuales, los escritores, quienes se deben a la Razón y/o a la capacidad de dominio del lenguaje que lo es todo. La dicotomía conceptual de las soberanías se decanta y puede ser percibida con mayor claridad: mientras, de acuerdo a la ciencia política, uno de esos poderes (el cristalizado en el Estado) se arroga el uso legítimo de la violencia, la soberanía de la Repú-

3. Además de referir al ejemplo por antonomasia de este fenómeno, el del mexicano Juan Rulfo, también vale la pena acercarse a dos sugerentes novelas: a) Vila-Matas Enrique (2000) *Bartleby y compañía*, España, 5ª edición. Anagrama, Colección Narrativas Hispánicas número 278; y b) Vila-Matas Enrique (2002) *El mal de Montaña*, España, Anagrama, Colección Narrativas Hispánicas, número 334.

blica de las Letras se define a partir de que sus ciudadanos se consideran los monopolizadores del uso legítimo del lenguaje. Además, tal característica específica definidora de su poder es lo que distingue al subconjunto de los escritores del universo total de los intelectuales.

Vistos desde el territorio soberano de las letras los políticos no tienen ningún otro atributo que el de ser capaces de establecer y mantener los vínculos necesarios para hacerse de un espacio, pequeño o grande, fugaz o prolongado, en las esferas del poder político. Para gobernar no se necesita mayor talento que el de saber navegar en esos mares. Si un individuo es capaz de transitar por las más diferentes labores de gobierno sin importar su capacidad profesional, académica, científica, intelectual, se llega a la conclusión natural de que manejarse (ser eficiente) en tal ámbito no tiene nada que ver con este tipo de habilidades, conocimientos y capacidades, sino que más bien se refiere exclusivamente a la destreza para moverse dentro de los grupos constitutivos de esa parte de la República del Poder.

En cambio, manejar a las palabras (“hacerlas chillar”, Octavio Paz *dixit*)⁴ para con ellas crear mundos no está al alcance de cualquiera, ni se reduce exclusivamente a la habilidad que tengan los ciudadanos literarios para circular por los rituales y lugares en los que la ciudadanía literaria se reconoce (congresos, presentaciones, cocteles, premiaciones). Aunque ello juega un papel identitario importante en la conformación de la República de las Letras, por lo general el reconocimiento de su pertenencia no elude la necesidad de que tarde o temprano el escritor, solitario, se haya puesto a escribir, a mostrar su capacidad, don, tenacidad, obsesión, disciplina y demás virtudes necesarias para plasmar con tinta algo en papel. Desde esta perspectiva Musil no exageraba al afirmar lo citado al principio de este escrito en el sentido de que es más importante y difícil escribir un libro que gobernar un imperio. Los escritores, sin pose de por medio, consideran que su labor es mucho más complicada y difícil de realizar que las labores de gobierno efectuadas por los políticos profesionales.

Los políticos, por su parte, mucho más pragmáticos, se preocupan por rodearse de esa elite formada por los escritores, por los intelectuales, ya que su presencia los enaltece, los hace verse bien en su ejercicio de gobierno e incluso en ocasiones puede serles útil para legitimar alguna cuestionada forma de haberse hecho del poder. La historia contemporánea de nuestro país provee una muestra muy amplia de ejemplos: desde la cooptación de un buen número de ilustres escritores e intelectuales por el gobierno de Luis Echeverría, hasta la integración al mandato de Vicente Fox a labores diplomáticas de muchos escritores otrora críticos del poder pasando, por supuesto, por la estrechez de vínculos colaborativos entre importantes

4. Paz, Octavio (1995). “Las palabras”, *Obras Completas*, Tomo 11, FCE, México, p. 66.

grupos de poder de la República de las Letras y el cuestionado gobierno de Carlos Salinas de Gortari.⁵

La crítica ejercida desde ese flanco intelectual les preocupa pero no les quita el sueño a los detentadores del poder político, aunque si la pueden evitar no dudarán en intentarlo en aras de seguir viviendo en un ambiente donde tan sólo sus virtudes y aciertos sean unánimemente valorados. Igualmente ególatras, les gustaría saberse aceptados y evaluados de forma positiva por todos incluyendo, por supuesto, a este grupo integrante del llamado “sector pensante” de la sociedad. No olvidan que, finalmente, la aprobación de la *intelligentsia* es una fuente más de legitimidad.

Es necesario tomar en cuenta que la manera en que ambas repúblicas se han vinculado y han definido su accionar en el espacio político y cultural de la historia contemporánea mexicana; no es fácil de discernir, pues no implica la existencia de un objeto de estudio uniforme u homogéneo. Se debe enfatizar que los lazos establecidos entre los escritores que participan con su pluma, presencia y discurso en las disputas políticas y/o en el concierto reflexivo sobre el espacio de lo social son muy complejos y, por tanto, difíciles de explicar a aquellos que no conocen con detalle tanto el devenir histórico nacional, más cuanto la manera en que el sistema político mexicano posrevolucionario ha funcionado.

La ausencia de partidos y otras organizaciones políticas mediante las cuales la sociedad mexicana en su amplia diversidad, en su pluralidad cultural y política pudiera expresarse y hacer sentir el peso de su opinión y participación, permitió que los escritores, al cargar con el atributo de ser los copadores del lenguaje, de poseer la capacidad de explicar al mundo al crearlo y recrearlo a través de las palabras, se erigieran como los portavoces del sentir de una sociedad cuya voz había sido reprimida y arrebatada por el poder.

Muchos escritores, siguiendo la herencia francesa de las concepciones sobre el intelectual, consideran que al constituir ellos un subgrupo de ese universo, primero, tienen la obligación de opinar sobre los hechos sociales y políticos y, segundo, que al hacerlo hablan en nombre de la sociedad en general, arrogándose la facultad de ser los intérpretes de sus inquietudes, críticas y anhelos. Frente a tales convicciones debemos tener presente que, de la misma manera en que la sociedad se caracteriza por ser el crisol de una multiplicidad de expresiones culturales y políticas, en la República de las Letras, al ser sus integrantes partícipes de esa misma sociedad,

5. Al respecto, pueden verse mis trabajos: a) Rodríguez, Ledesma, Xavier (2001). *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, CONACULTA-Fonca / Universidad Pedagógica Nacional, Colección Textos número 19; y b) Rodríguez Ledesma, Xavier (2003). *El poder frente a las letras. Vicisitudes republicanas (1994-2000)*, México, Universidad Pedagógica Nacional, Colección Textos número 38.

igualmente se expresan diversas filiaciones políticas, culturales, estéticas y filosóficas. Ésta es la razón por la cual resulta falsa una de las ideas más comunes con las que se reviste al ámbito intelectual. Me refiero a la concepción que postula que la *intelligentsia*, la intelectualidad, el sector pensante o como queramos denominar a este grupo, es el encargado de hacer el análisis racional, objetivo y verdadero de los diversos fenómenos sociales y, por tanto, al dominar esa racionalidad, sus críticas, consejos y propuestas poseen la certeza y verdad que el resto de los mortales es incapaz de vislumbrar.

Luego entonces tendríamos que asumir que saber tratar a las palabras lejos está de otorgar validez *per se* o infalibilidad sobre las estrategias o filiaciones políticas de un sujeto tan sólo porque éste posea la capacidad de escribir y publicar lo que escribe. Las agrias disputas al interior del cenáculo intelectual debidas a las diferencias de opiniones sobre cuestiones tan mundanas como la política, constituyen una muestra inequívoca de ese trizado del espejo cultural a causa de los conflictos sociales.

El que no todos los escritores sostengan las mismas posiciones políticas, tomen partido por las mismas causas o actúen de la misma forma frente a fenómenos políticos específicos, demuestra lo que bien pensado resulta obvio: la República de las Letras está cruzada por las contradicciones histórico sociales imperantes en la sociedad. Si el acceso a la verdad, a la objetividad, debido al uso correcto del lenguaje fuera la explicación única del carácter identitario de los escritores en su accionar político, hipotéticamente esos atributos debieran generar que quienes los poseen construyeran explicaciones similares y asumieran posiciones más o menos compartidas. En la República de las Letras se reproducen las mismas formas que en el ámbito general de la sociedad; ella tan sólo podría ubicarse como una pequeña muestra de las diversas correlaciones existentes en el universo social. De tal forma, lejos de una homogeneidad en la actuación, en los posicionamientos, en las concepciones políticas, al interior del gremio de los escritores encontramos una diversidad idéntica a la existente en la sociedad, lo cual, obviamente, no tendría que ser de otra manera.

Las discusiones sobre su participación política o acerca de sus posiciones críticas frente a ideologías, sociedades, partidos y políticas, demuestran que el sentido ontológico que algunos quieren ver en el ser escritor es inexistente. No reaccionan igual pues, en efecto, esa soberanía está imbuida por los conflictos, intereses y apreciaciones filosóficas, éticas, políticas y estéticas que existen en la sociedad.

Las relaciones entre los escritores y el poder, es necesario subrayarlo, son una buena guía para adentrarnos en los recovecos de la cultura mexicana, en donde podremos encontrar —entre otras cosas— algunas preguntas y unas

cuantas respuestas sobre la historia reciente que nos ha tocado vivir. El vínculo entre la República del Poder y la República de las Letras en México continúa manteniendo las características que históricamente lo definieron en el siglo pasado. Los temas se repiten, las confrontaciones parecen revivir viejas discusiones, vituperios y descalificaciones. Los ciudadanos literarios se acriminan entre sí por haber tropezado con las mismas piedras que ya habían sido señaladas como peligrosas para su independencia y su accionar intelectual.

El tiempo, además de carcajearse de las certidumbres, otorga el espacio para generar nuevas interrogantes. Todos envejecemos. Las nuevas épocas provocan nuevos actores, los discursos parecen no ser la excepción de la norma. El desencuentro generacional, los cambios políticos, las transformaciones culturales han puesto en picota a la propia definición e identidad de los intelectuales. Dentro de ellos los escritores parecen habitar un laberinto en donde su soledad queda más manifiesta que nunca. El más reciente resultado sobre nuestros hábitos de lectura en México señaló un promedio de 2.9 libros al año por habitante.⁶ Dicha cifra –si bien superó por mucho aquella mítica de 0.5 libro que nos ponía tan sólo por delante de Haití en el concierto americano– es la mejor muestra del triunfo y la consolidación de una cultura de no lectura construida y consolidada durante décadas en México, con todo y cruzada vasconcelista de por medio.

La sociedad moderna ha optado por su “adolescentización”.⁷ Estos nuevos valores hegemónicos no sólo quedan evidenciados en las estrategias mercadotécnicas perfiladas hacia el incremento del consumismo, que han adoptado al amplio sector de la población cuya edad se encuentra dentro de ese rango (adolescencia) como el objetivo central de sus afanes, sino que se expresan de manera clara en el desdén general existente hacia cierto tipo de actividades específicas, como el pensamiento intelectual y la participación política. La edad no constituye ningún impedimento para que los sujetos acepten y se desenvuelvan en esta cultura “adolescentizada”.

Las teorías sobre la desaparición de los intelectuales se han puesto en boga y tienen como contraparte natural reflexiones sobre la sustitución de los libros (o lo escrito en general) por nuevas formas de comunicación. La “idiotización” de la sociedad tiene como característica fundacional el descrédito, la reprobación e incluso satanización de todo aquello que signifique cultura. Los calificativos degradadores de la inteligencia (ñoño, *nerd*, matadito, sabihondo, machetero, creído) se constituyen en palabras de uso corriente para enaltecer la estupidez.⁸

6. CNCA (1996) *Encuesta Nacional de Lectura*, México, CONACULTA.

7. Cfr. Finkielkraut Alain (1995). *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama.

8. Un acucioso e inquietante análisis de la forma en que este fenómeno se ha ido construyendo en la sociedad estadounidense se encuentra en Claussen, Dane S., (2004) *Anti-Intellectualism*

La ignorancia, la incultura, el analfabetismo funcional, la estulticia, la adolescentización, conllevan ventajas para surcar las turbulentas aguas de la modernidad como la falta de compromiso y la carencia de obligaciones éticas y políticas, las cuales, de existir, impedirían el gozoso espectáculo de vivir sin atavismos culturalistas. La enajenación cultural excluye la posibilidad de darse cuenta de tal enajenación.⁹ La hegemonía para ser tal debe ser invisible.

El “compromiso social” (eufemismo solapador y aligerador de conceptos más comprometidos como “toma de conciencia”) si alguna vez pretendió existir, aunque neonato, ha sido exorcizado por la rapidez de la vida, el hedonismo y la pragmática necesidad de sobrevivir bajo nuevas condiciones económicas, políticas, sociales y culturales.

No se lee. No se quiere leer. No se sabe leer. No hay tiempo para hacerlo y, además, de tener las condiciones: ¿para qué leer? ¿Por qué conocer y tomar en serio las opiniones políticas de individuos cuyo discurso no dice ya nada a las nuevas generaciones desencantadas de la política y de la Cultura con mayúscula, cuya literatura aunque no lo quiera está marcada por aquel promedio ya señalado renglones arriba? ¿Qué tienen que decir personas que durante décadas estuvieron atrapadas en ideologías fracasadas? ¿Por qué creer en lo dicho por viejos cincuentones cuando está demostrado que no hay que confiar en nadie mayor de treinta? ¿Por qué fiarse del juicio de individuos que ahora son aliados, socios, empleados o cómplices de quienes criticaron cuando eran jóvenes? ¿Cuántos de estos auto designados pontificadores profesionales podrían arrojar las primeras piedras de independencia, autonomía y libertad contra aquellos que han deshonrado a la crítica debido a sus vínculos con el poder?

De cara al reto de esa conversión de las sociedades latinoamericanas en legiones de *Beavis and Buttheads* de todas las edades en versión “Los olvidados” de Buñuel, se explica el surgimiento de una pregunta: ¿cuál es el papel real que los escritores pueden pretender tener en un país como el nuestro una vez que el nuevo siglo ha iniciado? Ésta, si la observamos con detenimiento, es una acepción particular de la pregunta general que corre a la cultura contemporánea: ¿son necesarios los intelectuales o estamos viviendo el fin de su existencia?

De acuerdo a lo que hemos desarrollado hasta aquí, cualquier respuesta se planteará dentro de un panorama desolador. La academia seguirá rondando por los interminables pasillos y estrechos cubículos de su clausura monástica, esperando su desaparición por inanición entre los cientos de miles de

in American Media. Magazines & Higher Education, New York, Peter Lang Publishing.

9. Bourdieu, Pierre (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI, p. 173 y ss.

ejemplares de productos de investigación editados y embodegados.¹⁰ Por su parte, los escritores, tanto los que únicamente se dedican a la literatura y a la crítica literaria como los que también ofician de tribunos políticos, se mantendrán igualmente en los estrechos límites del cenáculo en el que ahora han difundido su accionar. Por ello es que asistimos al resurgimiento y consolidación de las ideas que hablan sobre el carácter eminentemente elitista de todo aquello que suene a cultura. La lectura, se dice, es manjar para pocos y exquisitos paladares. No se tiene por qué pensar en que las grandes masas (concepto no sólo devaluado sino descontinuado dentro del análisis social) aprendan a darle el “golpe a la lectura”.¹¹

Ahora bien, intentando sazonar de manera optimista la reflexión podríamos darle rienda suelta a la ansiedad positivista por generar hipótesis y afirmar que el nuevo rol que los escritores deberán jugar, si es que quieren seguir existiendo como comunidad identitaria, tendrá que transformarse radicalmente en virtud de que las condiciones políticas que marcaron su necesaria auto designación como los portavoces de la sociedad, en la medida en que ésta carecía de los conductos adecuados para poder expresarse frente al poder, se han transformado. Poco a poco se han abierto espacios de comunicación directa; la sociedad va dejando de requerir que unos cuantos (los dominadores del lenguaje, los que saben decir las cosas, pueden escribirlos y tienen forma de publicarlas) sean sus voceros frente al poder. Ahora, con el cambio político y social que paulatinamente se ha desarrollado, los escritores, los intelectuales, habrán de dedicarse a sus propias cosas entre las cuales se cuenta el ofrecimiento de perspectivas singulares sobre los problemas que afligen a la sociedad. Todo ello en virtud de que empiezan a existir los conductos indispensables de comunicación entre el poder y la sociedad, a la vez que ésta ya ha alcanzado un nivel de madurez (expresión eco de históricas declaraciones porfirianas) para encargarse por sí misma de plantear sus dudas, requerimientos, exigencias, propuestas, divergencias y, en fin, todo lo que en una sociedad democrática es de su responsabilidad. Sin embargo la realidad, una vez más, demuestra que es más necia de lo que sus intérpretes suponen.

Los miembros de la intelectualidad, la academia, la República de las Letras, no sólo divergen en sus apreciaciones políticas en virtud de que, como hemos visto, el mundo cultural está trizado por los conflictos sociales existentes, sino que además, en su gran mayoría, no presentan un discurso creíble para la sociedad desencantada de todo lo que suene a política.

10. Cfr. Jacoby, Russell (2000). *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*, New York, Basic Books.

11. Esta notable imagen de “darle el golpe a la lectura” como representación del vicio en que la lectura puede y debe encarnar, se la debemos a Gabriel Zaid (1996). *Los demasiados libros*, Océano, México.

Como si eso fuera poco, casi la totalidad de esta ciudadanía no ha sido capaz de asumir que la separación entre actividad intelectual, entre el ejercicio de la crítica y el poder, es una construcción arbitraria que se consolida de acuerdo al gusto y la necesidad de quien la esgrime. Es en el ámbito de la intelectualidad, y con particular énfasis dentro de la República de las Letras, donde se hacen los mayores y más peligrosos malabarismos filosóficos para intentar, en vano, delinear con precisión en dónde se encuentra el límite de participación y vinculación con la gente del poder que impide caer en ese hoyo negro de la deslegitimación intelectual. Esa línea, lo subrayo, es inexistente en términos reales; es una mera convención, un invento al arbitrio de quien necesite manejarla para su auto exculpación y/o para efectos de sentenciar al otro. Cada quien la dibuja a conveniencia. Ser asesor, comisionado, proveedor / contratista, amigo, invitado social, consejero, burócrata en distintos niveles, deudor de favores, receptor de publicidad, asalariado, diplomático, becario, militante, corrector de discursos, son algunas de las múltiples facetas que, de acuerdo a quien sea el sujeto, marcan los límites de la independencia, autonomía, libertad, compromiso, que –se afirma con voz engolada– garantiza que un intelectual siga ejerciendo plenamente lo único a lo que está obligado: la crítica.

La sentencia es clara, las lamentaciones buscan siempre evidenciar a los otros. Diógenes no se atreve a alumbrarse frente al espejo. El compromiso del intelectual que se envuelve en la bandera de la crítica para arrojarse por el despeñadero de la autonomía siempre encuentra que su propio accionar, por más comprometido con el poder que aparente ser de acuerdo a la visión del resto de los ciudadanos, nunca ha implicado ningún tipo de límite a su libertad, mientras que la actitud de los otros siempre linda en lo ignominioso. La paja en el ojo ajeno. La espada de Damocles pende sobre los otros, sólo sobre los otros. Quien esté libre de vínculos que arroje el primer artículo crítico sobre las relaciones de la *intelligentsia* y el poder. Lo que en unos era (y es) deshonra, en otros es reconocimiento a sus excelsos talentos. Lo que antes era ser personero de gobiernos antidemocráticos y usurpadores, ahora es ser representante no de un gobierno específico, ni mucho menos de un partido político, sino de la añosa señora llamada Nación y su entenada bautizada con el nombre de Cultura Nacional. Hoy en día sus acciones, dichos y escritos pregonan su moderno anhelo de ser reconocidos como ulemas, intérpretes y comisarios de la “corrección política”.

El poder político ha hecho su trabajo; ha reforzado la apreciación de que los escritores son una etnia fácilmente domesticable. Sabedor de que las banderas levantadas por esa parte de la intelectualidad son la independencia y la autonomía, no tiene empacho en seducirlos para buscar la legitimidad que su compañía puede proveer, sin importar que en ocasiones el preten-

dido apoyo no pase de ser un simple acto protocolario vulgar sin mayor brillo ni peso en la sociedad. Las discusiones éticas sobre la vinculación o no de la inteligencia con el poder no son de su incumbencia. El mango del sartén siempre está en sus manos; cuando un intelectual reniega y maldice por haber tenido relaciones abiertas o soterradas con el poder, éste tiene la capacidad de manejar la información necesaria para evidenciar, frente a la opinión pública, a su antiguo aliado, simpatizante y/o beneficiario. Cuando el Príncipe filtra a los medios de comunicación los recibos firmados por el intelectual (o cualquier otra prueba de los favores concedidos), lleva a cabo la representación simbólica moderna de las sábanas ensangrentadas; esto es, muestra en el balcón público las pruebas fehacientes del desvirgamiento crítico, para que todo el mundo compruebe por sí mismo, y sin duda de por medio, la forma en que el supuesto incólume estatuto de independencia, libertad y autonomía del intelectual en cuestión ha sido mancillado.

Ya es tiempo de pensar todo ello como un falso problema y concebir nuevas formas de asumir y entender la relación intelectuales / poder. Hemos visto que las anteriores señalizaciones no resuelven absolutamente ninguno de los inconvenientes teóricos sobre dicho vínculo; en cambio generan larguísimas disquisiciones sobre la indispensable independencia intelectual que en su casi absoluta mayoría ningún ciudadano de la República de las Letras cumple con cabalidad. Resulta farragoso continuar atestiguando la manera en que ellos, al enjuiciarse a sí mismos siempre, evidentemente, se exoneran de todo cargo y se declaran absueltos de cualquier tipo de acusación en su contra por tener lazos o compromisos con el poder; mientras que, por supuesto desde su tribunal, el resto de los ciudadanos de la soberanía de las letras difícilmente alcanza los méritos suficientes para no ser fusilados frente al paredón de la razón infamada.

La serpiente descalificadora, como la propia Ouroburos, siempre acaba mordiéndose la cola. De cara a los incipientes avances democráticos que la sociedad ha empezado a experimentar existe una responsabilidad que ésta deberá asumir paulatinamente pues, hasta ahora al no haberlo hecho, un grupo que tuvo los medios, la habilidad y la oportunidad de conseguir información la ha debido hacer suya. Me refiero justamente a, en primer lugar, informarse para, en segundo, normar un criterio propio con el cual pueda construir una opinión crítica particular, la suya, la cual podrá enriquecer, modificar, reafirmar, al compararla, al ponerla en relación con otras entre las cuales estarán la expresadas por los intelectuales, por los escritores quienes, de cumplirse esto, ya no serían el grupo identitario responsable de darle voz a la sociedad, sino simplemente ciudadanos iguales al resto, cuya perspectiva singular de los problemas sociales será tan sólo una más de las múltiples voces constituyentes del coro democrático.

Lo anterior implica un cambio sustancial en una de las disyuntivas que delinea las discusiones políticas entre intelectuales. Ya no tendría alguna importancia que el opinador estuviera o no vinculado con el poder pues los juicios críticos se valorarán por sí mismos en la medida en que los receptores, los ciudadanos, tendrán la suficiente información para expresar su acuerdo o desacuerdo con lo afirmado. No importará quién lo dijo, sino qué fue lo que opinó.

Se aceptarán o rechazarán los argumentos expuestos debido a su propio poder de convencimiento. La aceptación de los puntos de vista tendrá que ver únicamente con la fuerza de las ideas. Así se construye la posibilidad de quitarse las gafas del prejuicio, cuya función es desechar ciertas opiniones debido a que provienen de tal o cual individuo que es parte de tal o cual grupo o está vinculado de tal o cual forma con tal o cual partido o grupo político. La hoy en día ineludible necesidad de hacer gimnasia intelectual para saber qué tipo de reservas tenemos que guardar frente a los argumentos que el sujeto esgrime en su crítica en función de sus actuales, pasadas, futuras o posibles relaciones con el poder, será condenada a integrar ese gran árbol denominado historia cultural nacional. La proveniencia de la opinión no será lo importante, sino más bien el poder de convencimiento de los razonamientos esgrimidos. Tal capacidad de discernimiento pasa porque el ciudadano en lo individual edifique su propio juicio crítico basado en información que es capaz de buscar y discriminar ya que así, y sólo así, romperá su actual situación de infante intelectual carente de criterio propio que espera que otros le digan qué opinar o criticar del poder.

¿Utopía? No lo creo. Simple aceptación de ciertas responsabilidades y consecuencias que la construcción de una cultura democrática tiene. Los escritores escribirán, los lectores leerán, ambos criticarán y actuarán políticamente como ciudadanos. La sociedad habrá construido (recuperado) su propia voz. Si esto es cierto, bienvenida la extinción de los intelectuales como constructores del único discurso crítico y voceros de una comunidad muda.

Recibido: 1 de octubre de 2007 Aprobado: 15 de febrero de 2008